

como prenda de gran valor, á voluntad del hombre cuyo abatimiento celebrabas, sin mas delito que amarte y haber nacido sin fortuna.

—¡Ah, necio y poco advertido, origen de nuestra común sventura! exclamó la jóven sin vacilar un punto, ¿no conociste que lanzados vosotros á terminar por la violencia lo que solo debe dejarse á la voluntad y al tiempo, no me quedaba otro recurso que llorar en silencio la cruel imposibilidad en que me hallaba para elegir dueño libremente? ¿Es acaso una débil mujer joya en poder de bandoleros, de quien el mas audaz puede hacer presa sin otro derecho que su mayor atrevimiento? Tú eras fuerte y cediste al rigor de la fatalidad; eras osado y las circunstancias te hicieron permanecer oculto; eras fecundo en ardides y solo pudiste hallar un medio criminal que te sepultó en la ignominia para renacer maldito de Dios y enemigo de tu patria. Y yo que ninguna de estas cualidades tenia ¿hubiera podido contrarestar el destino, ante cuya influencia cayó el robusto, se amilanó el intrépido, y el astuto procedió con torpeza vulgar?

—Mientras yo, consumido por el dolor, devoraba lejos de los hombres mi afrenta, pasabas las horas en tiernos coloquios con el infame causa de mi daño, interrumpió el marino.

—Dices mal, Antonio; callaba y sufría, pues otra cosa hubiera aumentado tu riesgo; pero siempre di culto á tu amor dentro del pecho. Esperaba con invariable constancia una oportunidad feliz para declararme tuya á la faz del universo, conservando guardado el fuego de una pasión vehementemente que habia de formar nuestra delicia en tiempo mas ó menos lejano, y cuando te oigo calumniar mis intenciones, lanzándome dictérios no merecidos, siento menos el ultraje, que la sospecha que revelan. ¡Oh, devuélveme tu malogrado cariño, y la reclusion, la esclavitud misma, serán para mí manantial de goces infinitos!

Y al pronunciar Margarita las últimas palabras derramando abundantes lágrimas y arrodillada en la alfombra, abrazaba los pies de Antonio, que dió al traste con su entereza al blando contacto de aquella falsa mujer, por quien todo lo habia sacrificado.

—Esto jamás pude imaginarlo, exclamó levantándose del diván, te creí liviana é ingrata y formé resolucion de resistir á tu falsia, pero ver humillada ante mi planta á la que fué único bien de mis sentidos, recordándome los antiguos lazos que nos unen, y permanecer sereno, nunca me será posible.

—Dime que tus sospechas fueron vanas ó el dolor acabará la vida á que tú dabas aliento, continuaba Margarita, asemejando la desesperacion mas profunda.

—Alzate, por compasion, exclamaba Antonio verdaderamente conmovido, solo me acuerdo de nuestra mútua correspondencia de otro tiempo.

Diciendo así consiguió calmar á la jóven, con la que pasó largo rato en acorde plática, hasta que una orden del emperador le obligó á dejarla, ya bien persuadida de haber recobrado el ascendiente sobre aquella naturaleza enérgica ante cualquier enemigo de que no pudiera escuchar palabras halagüeñas salidas de unos purpurinos labios.

IV.

En el palacio imperial se celebraba fiesta aquel dia en obsequio de un respetable varon, descendiente por línea recta del Profeta, que sin embargo de ser extraño en los

dominios marroquíes, adquirió en ellos, á poco de su llegada, reputacion inmensa por sus profundos conocimientos en astronomia, medicina, y habilidad en la interpretacion del Koran, segun la pura doctrina de los mas hábiles comentadores. Hablaba el árabe con esmerada correccion, causando envidia á los espertos amanuenses de la corte los caracteres formados por su pluma cuando tenia gusto en manejarla. Si añadimos á esto la nimia exactitud con que se le veia entregarse á las prácticas religiosas, nada estrañaremos el concepto de hombre inspirado que ganó entre la generalidad, hasta el punto de rayar en veneracion el aprecio en que se le tenia, con detrimento del respeto debido al soberano, afamado tambien entre los suyos como espejo de fervorosos musulmanes. Lejos de mirar con envidia el emperador el poder que se alzaba frente al suyo, colmaba de presentes al afortunado Ali-Bey-el-Abassy, donándole á mas de un magnífico palacio inmediato á su residencia, una deliciosa posesion titulada *Semelalia* y dos mujeres de su propio harem, en agradecimiento de los sabios consejos con que le ayudaba á sobrellevar los cuidados del gobierno, pues en aquel apreciado amigo depositaba gozoso las confianzas íntimas del trono.

Recostados en un mismo sofá recibian amo y privado los cumplimientos de cuanto mas notable encerraba la ciudad, con indiferencia el primero, el segundo con gravedad protectora, cuando Antonio, despues de presentarles sus respetos, esperó á distancia conveniente las órdenes que tuvieran á bien comunicarle.

—He sabido tus notables hechos y deseaba conocerte, le dijo el califa. Eres un excelente vengador del Islam, á quien premiaré segun merece. ¿Te hallas satisfecho de tu cambio de patria y religion?

—Cumpla con mi deber, señor, sirviendo al país que me abriga y alimenta.

—Parece que de tu expedicion última has traído una esclava de rara hermosura, única parte que te has reservado del botín.

—Es de mas donaire que belleza.

—Entonces poseerá excelentes dotes, que añadirán quilates á su mérito.

—Tiene las mismas cualidades de la pantera, oh jefe de los creyentes; al acariciar su linda piel hay que tener cuidado no devore la mano cuyos halagos admite.

—Eres discreto, por vida mia, exclamó riendo el emperador; ese peligro le podrás evitar acortando la cadena con que debes tener sujeta á tu agradable fiera; yo te mandaré cuatro eunucos negros, hábiles en esto de amansar rebeliones femeniles.

—¿En qué tierra naciste? preguntó á la sazón Ali-Bey, ageno hasta entonces á lo que se trataba.

—Soy español, natural de Málaga, respondió el renegado fijando la vista en el doctor.

—Cuida que tu rey está en paz con el imperio y espones mucho haciendo el corso en sus dominios.

—Le hago por mi cuenta, y conozco la ley que me condena sin remedio si caigo en poder de mis enemigos.

—Son inteligentes y poderosos: cuando necesites un amparo sólido ven á buscarme, y puede que te lo proporcione.

—Os agradezco, señor, la buena voluntad. En ocasion bien apurada para mí, hubo un hombre parecido á vos á quien debí especiales beneficios.

—Ilusion de tu fantasia, jóven, contestó Ali-Bey, algo desconcertado: ¿cuál es tu nombre?

—Reduan.

—Allah vaya contigo, añadió despidiéndole sin esperar la venia del califa.

El renegado se humilló profundamente y se retiró sin volver la espalda.

Tales fueron las muestras de cariño empleadas por Margarita para recobrar el afecto de Antonio, que antes de mucho era la reguladora de sus acciones y deseos, en términos de causar escándalo á los fervientes sectarios del mahometismo, para quienes la libertad que Reduan concedía á su esclava pasaba como desenfrenado libertinaje digno de reprensión, cuando no de castigo ejemplar.

Por esta razon además del torcedor de su conciencia, que no le dejaba un punto de sosiego desde que apostando de su fé cambió la purísima ley del Crucificado por la torpe secta musulmana, determinó poner en práctica cuantos medios estuvieran á su alcance para cambiar de situación, aunque aventurase la vida en ello.

Ya hemos podido conocer su natural ardiente y arrojado: juguete de las pasiones á que no tuvo fuerzas para resistir, se abandonó á una venganza detestable, encontrando en ella la humillacion, el crimen, la vergüenza de sí mismo; frutos que, para suerte suya, produce en las almas de algun valer, pues la satisfaccion estéril de sacrificar á un enemigo, solo es propia de los corazones de baja esfera, entre cuyo número no debemos contar al marino. Así fué que mal avenido en las playas africanas, suspiraba por el momento en que pudiese besar la tierra nativa y morir reconciliado con la religion verdadera. Margarita abundaba en el mismo deseo, tanto mas cuanto su posición era en alto grado precaria y embarazosa. ¿Cómo pudiera resignarse la airosa jóven andaluza, tan sobran de vida y rica de imaginacion, á permanecer encerrada sin otra sociedad que la de algunas compañeras salvajes, puestas bajo la custodia de cuatro feroces etíopes, dignos depositarios de sus bastardas confidencias? ¡Oh, no era posible! A la que paseaba los alegres campos de la Bética feliz, asistió á las fiestas de sus alegres pueblos, recibía con el desden de una reina las oportunas lisonjas de multitud de adoradores, dichas en el idioma mas espresivo, hiperbólico sin hinchazon y abundante cual ninguno de todos los hablados actualmente, el Africa, fecunda en alimañas desconocidas, debía parecer un infierno, y el gutural y estridente lenguaje de sus bárbaros naturales, ladrado de algun monstruo fantástico. Fué menester adoptar cualquier medio, y Antonio tomó el de acogerse bajo el amparo de Ali-Bey: un presentimiento, fundado en cierta semejanza inconcebible, le anunció el buen éxito de su pretension.

Determinado á cuanto pudiera sucederle, acudió al palacio del ilustre doctor, al que halló profundamente abstraído en interpretar algunos pasajes de una obra escrita por un célebre santón, sobre los cuales quiso disertar con el reciénvenido para mayor edificacion suya, antes de tratar asunto de ninguna otra clase; mas el marino decidido á jugar la partida de un solo golpe no le dejó cumplir su intento diciéndole en español con ánimo resuelto, si bien en tono comedido:

—Señor don Domingo Badía, le suplico hablemos sin ambages, pues el asunto lo merece: en otro tiempo debí á vd. beneficios de consideracion, si hoy me concede lo que vengo á pedirle deberé á vd. mas que la vida. Quiero abandonar esta tierra maldita y su culto grotesco, recobrando ley y patria verdaderas. Ignoro las intenciones que le hacen sostener en Marruecos un carácter tan ageno de su estado anterior, pero sé muy bien que goza la influen-

cia necesaria con los agentes españoles para alcanzar el don inapreciable que le demando.

—Comprendo tan poco el idioma en que me hablas, respondió Ali-Bey inclinando la cabeza sobre los pergaminos que antes examinaba, que nada he podido entender; esplícate en lengua mas inteligible para mí, si quieres no perder el tiempo.

—Señor, prosiguió Antonio, hace muchos años, era yo un pobre muchacho abandonado, que ganaba la vida haciendo recados en el muelle de Málaga; desembarcé vd. á la sazón y compadecido me proporcionó plaza en el navio; conocí á usted desde luego cuando volví á verle junto al emperador, y es en vano que trate de disimular; pero soy un desertor de presidio y esta circunstancia me hace indigno de la confianza de un hombre prudente. Ignora vd. el origen de mi delito, no sabe que fué ocasionado por la necesidad cruel de lavar una afrenta pública acompañada de un ciego arrebató de celos; haré conocer á vd. la verdad de mis palabras con documentos irrefutables, y entonces, señor, espero escuchará mi súplica con mayor agrado. Entretanto rogaré á Dios nos tenga en su santa guarda á pesar del turbante que sofoca nuestra frente.

—Aguarda un momento, jóven, repuso Ali-Bey, esplicándose en correcto castellano; me interesa tu ingenuidad y quiero corresponder de igual manera. Puedo, con efecto, conseguir á poca costa tu rehabilitacion; mas por ahora necesito de hombres fieles y arrojados, como has dado pruebas de ser. Escucha y verás como puedes conseguir no solo perdon sino riquezas y honores en España, auxiliando los planes que medito. Encargado al principio de una mision comercial, llegué á Marruecos bajo nombre y calidad supuestas; como has visto alcancé reputacion inmensa y soy venerado como hijo de Othman-Bey, príncipe Abassida descendiente del Profeta, merced á una genealogia cuyos títulos, sellos y signatures se hallan confeccionados con habilidad suma. He logrado fanatizar á la mayor parte de la poblacion, en términos que únicamente aguarda mi consentimiento para arrojar del trono al menguado Muley Soliman y declararme soberano. Conseguido esto, cederé la corona al rey de España en la ocasion mas oportuna, logrando así destruir un encarnizado enemigo de los europeos, especialmente si son españoles, y engrandecer nuestra patria en los países llamados por la naturaleza á formar con ella un vasto imperio. Para lanzar mis parcialidades contra el gobierno del califa, espero de un momento á otro la resolucion definitiva del Principe de la Paz don Manuel Godoy, con quien mantengo activa correspondencia; el resultado no puede ser dudoso previstos como están todos los inconvenientes, y cuento contigo para desempeñar un papel importante en el drama que se prepara. ¿Le aceptas ó tiembblas al considerarlo?

—Para entonces reclamo el sitio de mayor peligro, donde puedan justificar mis hechos que si fui temerario para el mal, tambien lo fui para recobrar la honra perdida.

—La encontrarás en el camino de la gloria que yo abriré ante tus ojos; demos aquí punto á nuestra conversacion, que ya por lo larga será motivo de hablillas para esos miserables esclavos. ¡Ya se vé, un descendiente de Abbas el Grande debe ser muy avaro de palabras! Hasta que recibas orden mia no volveremos á vernos. Disimulo y calma; nada de aire de conspirador, y así... alguna vez... cuando no tengas otra cosa en que ocuparte, piensa que si llegase á traslucirse la frase mas pequeña de las que acabamos de hablar, bastaría una señal mia para que fueses hecho pedazos.

—¡Señor, me ofendeis! Juzgué haberos inspirado con fianza....

—Y has juzgado bien; esto lo he dicho nada mas que por mi costumbre de dejar bien aclaradas las situaciones respectivas.

Volvió Antonio á su posada y contestando de una manera evasiva á las repetidas preguntas de Margarita, impaciente por saber el resultado de su entrevista con Ali-Bey, esperó los acontecimientos, que no podían menos de sobrevenir en corto plazo. Pasaron algunos meses en los cuales siguió viendo á don Domingo Badía crecer en importancia con el pueblo y en favor con el monarca, y al cabo recibió un mensajero de su protector encargado de notificarle fuese á verse con él. Encontróle demudado por la cólera y el sentimiento, paseando lo sala con agitacion y manifestando en su ademán las pruebas del mas profundo despecho.

—¡Todo se ha perdido! exclamó al ver al marinero, solo me quedan las dificultades de la peligrosa senda en que no puedo retroceder.

—La recorreremos juntos, señor, y muramos, si es preciso, sin cejar en el buen propósito.

—Es inútil luchar contra el destino. He recibido una carta del Príncipe de la Paz, en que me previene de órden del rey, abandone todo el plan y salga inmediatamente de Marruecos. Al dar cuenta á Carlos IV de la combinacion que teníamos urdida, se alarmó su delicada conciencia ante la idea de corresponder á la generosa hospitalidad de Muley Soliman, con una ingratitud. Han sido vanos los esfuerzos del favorito omnipotente para desvanecer los escrúpulos concebidos por el sensible monarca: encerrado en el círculo de la mas rígida moral ha tenido en esta ocasion voluntad propia. ¡Infeliz soberano; juzgo que ni aun entre los bienaventurados ha de encontrar asiento el cuitado rey que conserva en el trono las propiedades de un monje de la Trapa!

—¿Y no habrá medio de conseguir el objeto, á pesar de ese contratiempo?

—Ninguno. Lo que hubiera sido posible con el auxilio cercano de una potencia marítima, sería ridículo intentado por un simple particular.

—Pero los comprometidos en la empresa no han de querer abandonarla fácilmente, y despues de los pactos solemnes celebrados con ellos culparán á vd. de traicion si le ven mudar de dictámen.

—Por fortuna la trama está urdida de tal manera que sobre nadie pueden recaer las iras del gobierno, ignorante de cuanto se medita. Bajo pretexto de hacer la peregrinacion á la Meca, antes de ponerme á la cabeza de los conjurados, abandonaré á Marruecos para siempre.

—Vaya vd. con bien, señor, y si alguna vez un recuerdo de estas playas inhospitalarias viene á molestar su mente, no se olvide que un desgraciado compatriota llora en ellas sin esperanza la que osó concebir en un momento de ilusion engañadora.

—Mejor dirás realidad efectiva, querido amigo, porque he de conseguir tu indulto antes de mucho, acompañado de recomendaciones fervorosas de los padres misioneros para con el señor obispo de Málaga, que animado de caridad cristiana, activará tu reconciliacion con la Iglesia como antecedente al matrimonio con Margarita.

—Despues de lo cual iré á buscar á vd. donde quiera que se encuentre para consagrarle el resto de mi vida.

—Agradezco tu noble desinterés, pero no debo aceptarle. Eres jóven, tienes familia, y á ella debes consagrarle. Ade-

mas, abandonado el objeto político de mi expedicion trato de continuarla bajo el aspecto científico: voy efectivamente á realizar la peregrinacion á la Meca atravesando las regiones berberiscas. Despues visitaré la Siria, la Arabia, la Turquía y la Grecia; en este inmenso viaje por tierras enemigas hay grandes peligros que arrostrar, de los que juzgo salir con bien á favor de mi carácter de príncipe Abassida. En Lóndres me hice circuncidar por un famoso cirujano, y esta dolorosa operacion, á cuyo recuerdo aun tiemblo, me acreditará en cualquier evento de verdadero musulman. Estoy revestido de cuantas circunstancias son necesarias para ser considerado como un ser casi sobrenatural entre los mahometanos, al paso que tú no podrias ocultar el origen de que procedes, con evidente riesgo propio y grave compromiso de mi existencia.

Convencido por las razones de Ali-Bey, volvió Antonio á pisar la tierra española, donde santificando su cariño á Margarita, tuvo algunos años de plácida ventura, hasta que la fortuna le hizo de nuevo blanco de su inconstancia, segun veremos en el número inmediato.

Antes de pasar á mas florido asunto, espera un instante, amigo lector, y ya que segun la frase vulgar, nos hallamos con las manos en la masa, bueno será dar cuenta sumaria del paradero y fin de don Domingo Badía, célebre personaje de quien no tendremos que hacer mencion en lo sucesivo, y cuyos hechos todos verdaderos, hemos procurado hacer públicos, pues la obra en que los consignó él mismo es menos conocida de lo que debiera; esto nos evitara una larga cita, á que no somos aficionados en artículos recreativos, atrayéndonos la benevolencia de muchos para quienes pasa ignorado tan ilustre compatriota.

Verificó en efecto los viajes que le hemos oido proyectar. Los bajos soberanos de Tripoli, Egipto, Acre y la Meca le recibieron con entusiasmo, de igual manera que los pueblos mas civilizados del Asia y las tribus errantes del desierto. Sus predicciones astronómicas, las curas portentosas que verificaba, las delicadas consultas á que daba solucion, sometidas á su juicio por los doctores de las diversas sectas del islamismo, le hacian reverenciar cual un apóstol misterioso ante cuya insaciable curiosidad se abrian los lugares mas sagrados, en los que ningun cristiano ha podido penetrar nunca.

En octubre de 1807 llegó en Constantinopla á casa del embajador de España, conde de Almenara, único para quien era conocido, pues entre los demás familiares de la embajada, siempre se le tuvo por el príncipe Ali-Bey-el-Abassi. Supo en aquella ciudad las ocurrencias políticas sobrevenidas en España y la entrada en la península de los ejércitos de Napoleon, con lo cual determinó acelerar su regreso. Detenido en Munich por una grave enfermedad, apenas se vió algun tanto restablecido se hizo preparar una cama dentro del coche y acostado en ella arribó á Bayona el 9 de mayo de 1808. Quiso al dia siguiente ver al nuevo rey Fernando VII, mas en aquellos momentos salia éste para Valenzay. Presentóse Badía á Carlos IV con los planos y dibujos relativos á su viaje, mas aquel monarca habiéndolos examinado: «Ya sabrás, le dijo, que la España ha pasado al dominio de la Francia por un tratado. Ve de nuestra parte al emperador y dile que tu persona, tu expedicion y cuanto á ella concierne queda esclusivamente á las órdenes de S. M. I. y R.» ¡El escrupuloso cuando se le propone destruir un estado, azote de la humanidad y afrenta de las naciones cultas, no juzga caso de conciencia

ceder lo que no era suyo á un poder extranjero! Insistió Badia en seguir la suerte de la familia destronada, pero replicóle Carlos IV: «No, no; á todos conviene que sirvas á Napoleón.» Presentóse á él nuestro viajero y despues de algunas conferencias le mandó pasar á las órdenes de su hermano José, á quien siguió á Madrid. En esta corte permaneció quince meses reducido con su familia á la mayor estrechez, hasta que le dió el gobierno, sin solicitarla por su parte, la intendencia de Segovia; despues fué nombrado para la prefectura de Córdoba. A la retirada de los franceses pasó con ellos la frontera, pero como no era su ánimo fijar su residencia en Francia, dirigió á Fernando VII una reverente esposicion, tributándole homenaje de fidelidad y sumision y ofreciéndole sus servicios. No tuvo resultado alguno y la necesidad obligó á Badia á admitir la hospitalidad generosa que le ofrecia el gobierno francés. En 1822 le dió éste una comision importante para la India, condecorándole con el grado, sueldo y consideraciones de mariscal de campo. Salió de Paris con el nombre de Ali-Othman, y se dirigió á Damasco, cuyo bajá, segun afirman los franceses, estaba asalariado por una nacion poderosa para impedir que nadie pasara á examinar las posesiones del Indostan. Sin prevenir juicio ninguno, añadiremos tan solo que la taza de café ofrecida por dicho funcionario á Badia, con obsequioso cumplido, ocasionó su muerte.

He aquí finalizadas las breves indicaciones que nos habiamos propuesto, antes de seguir las aventuras de Antonio el Renegado.

DIONISIO CHAULIÉ.

UNA AVENTURA DE MURILLO.

A MIS QUERIDOS PADRES.

I.

Por los años de 1638 habitaba en Sevilla don Gabriel de Aguilera, gentil-hombre de S. M. el rey Felipe IV, hombre de rancia y altiva nobleza.

Tenia una hija llamada Isabel, de rara hermosura, galanteada y solicitada por toda la juventud sevillana; empero, ella se mantenía inflexible á los halagos de los unos, sorda á las palabras de otros, é indiferente á las miradas de todos.

Entre los infinitos galanteadores que, como llevamos dicho, le atraía su hermosura, el mas asiduo, el mas pertinaz era don Rafael de Silva, noble caballero cordobés, y aunque pobre, el único que merecia la proteccion de don Gabriel, por ser el hijo de un antiguo compañero de armas y amigo suyo.

II.

Isabel no amaba, no podía amar á aquella turba de galanteadores, porque su corazón no la pertenecía.

En los tercios de Italia servia el dueño de su alma don Juan de Zúñiga.

El principio de sus amores habia sido el siguiente: un mes antes de lo que vamos narrando, paseaba Isabel acompañada de sus dueñas por las afueras de Sevilla, cuando tres hombres que las seguían empezaron á insultarlas con voces y palabras groseras, llegando uno de ellos hasta querer enlazar su brazo con el de la hermosa Isabel: ésta

viéndose apartada de la ciudad, sola con sus dueñas en medio de aquellos hombres comenzó á pedir socorro.

Rápido como el pensamiento un gallardo joven se colocó entre ellas y sus perseguidores, y blandiendo su hoja de Toledo, púsolos en vergonzosa fuga.

Isabel le dió las gracias con las mas afectuosas palabras y aceptó su compañía hasta la ciudad.

III.

Desde aquel día Isabel y don Juan se encontraban casualmente ya en paseo, ya en la iglesia.

Al cabo de ocho días don Juan confesó su amor á Isabel, y al cabo de quince, una llave deslizada por la mano de la dueña en las de don Juan, dábale paso por la puerta del jardín hasta el objeto de su pasión.

El padre de Isabel la instaba cada día mas, para que tomase estado, aconsejándola fuese con don Rafael de Silva, su protegido.

Isabel no habia tenido valor para confesar su amor á su padre.

Don Juan era pobre, nada poseía: su opulento y orgulloso padre jamás consentiría en semejante enlace.

IV.

Seis meses van á cumplirse desde que comenzaron los amores de Isabel y don Juan: seis meses de dulces coloquios en el jardín, de amorosas citas en las orillas del Guadalquivir; nos hallamos en la víspera de la partida de don Juan para el ejército.

Noche hermosa y triste á la vez. Dulce y amarga. La luna, única espectadora de tan tierna escena, hería con sus puros reflejos el hermoso rostro de Isabel y la altiva frente de don Juan.

Protestas de amor, juramentos sin fin. Sentados en un banco de piedra, sus manos enlazadas, sus alientos confundidos....

¡Hermosa edad! ¡Dichosos días! ¡Venturosos instantes!

Las tres han sonado y á las cuatro el buque se da á la vela.

¡Terrible momento! Isabel oprimiendo el traje de don Juan quiere impedirle partir.

Don Juan lucha entre su amor y su deber.

Los labios de Isabel murmuran á su oído palabras de amorosa ternura.

En el espacio resuena otra campanada y don Juan despues de estampar su boca en la frente de Isabel parte como un loco.

Al traspasar la puerta un hombre oculto entre la sombra de la tapia le ha visto, le ha seguido, y le ha reconocido.

V.

Se ha dicho siempre que un amante celoso tiene el don de la doble vista y esto precisamente le pasaba á don Rafael de Silva.

Isabel, que al principio habia recibido sus obsequios con frialdad, desde la tarde de su encuentro con don Juan, no era ya frialdad, era desden, era aborrecimiento lo que por él sentía.

Isabel, alma nacida para amar, no podía simpatizar con él de Silva.

Don Rafael era envidioso, hipócrita, artero; su corazón lleno de cieno, no reparaba ni aun en el crimen con tal de conseguir su intento: habiase prometido enlazar con Isabel que le traía al matrimonio no solo una inmensa for-

tuna, sino una posicion brillante que él pensaba conquistar á la sombra de don Gabriel.

Por eso decimos, desde el dia en que Isabel comenzó á recibir con mayor desden sus obsequios, convirtiéndose en una sombra de ésta; y de dia, de noche, espiaba hasta sus menores pasos, sus menores movimientos: por eso habia advertido sus miradas en la iglesia, en el paseo; por eso en fin, oculto junto á la tapia del jardin habia sorprendido la salida de don Juan, le habia seguido y no le habia perdido de vista hasta que le vió en la galera.

VI.

Desde entonces los obsequios de Silva se redoblaron; sus atenciones fueron mas marcadas.

Isabel continuaba firme en sus desprecios.

Así pasaron dos meses.

Don Juan se batia en Italia como un héroe ganando un nombre de bravo, cuando un dia recibió una carta de Isabel en que le llamaba apresuradamente á su lado.

Don Juan se apresuró á pedir permiso á su general.

—¿Cómo! le dijo éste, ¿partis?

—Sí, señor, parto; un deber sagrado me llama á mi patria.

—No puedo concederos mi permiso sino con una condicion.

—Decid.

—Juradme por vuestro honor que dentro de un mes estareis de vuelta, y yo diré que habeis partido del ejército con una comision.

—Por mi honor de caballero y de soldado os lo prometo.

—Partid. Fio en vuestra palabra.

VII.

A los veinte dias don Juan estaba en Sevilla, y la dueña de Isabel le noticiaba que ésta sintiéndose indispueta, habia suplicado á su padre la dejase ir á respirar el aire del campo á una quinta que poseian á dos leguas de Sevilla.

Dan Gabriel ha accedido á condicion de que á su vuelta se efectuará su enlace con el de Silva: la señorita así se lo ha prometido; su idea es la de partir con vos.

La dueña corrió á anunciarle la llegada de don Juan.

—¿Viene? le dijo doña Isabel al verla.

—Sí, señora; dentro de poco le tendreis á vuestro lado.

—Bendito seas, Dios mio, yo te doy gracias.

A las diez de la noche penetraba don Juan en la quinta, y á poco el llanto de Isabel mezclábase con sus cariñosas palabras, con sus estremos de amor.

Apenas dos horas trascurridas Isabel sintió los preludios de su alumbramiento, y don Juan corría como un loco á Sevilla en busca de un doctor.

VIII.

Tiempo es ya de que conozcamos de lo que don Rafael de Silva es capaz.

Desde la marcha de Isabel á la quinta, su vigilancia se habia redoblado; con astucia y oro, habia logrado comprar á uno de los criados de la quinta, y éste le tenia al corriente de cuanto pasaba.

Por él supo el dia de la llegada de Zúñiga, y creyó que era llegado el momento de dar el golpe.

Aquella tarde se presentó á don Gabriel, y le pidió una entrevista, diciéndole era para tratar de asuntos de la mayor gravedad.

—¿Os chanceais sin duda?

—¡Ah, señor! pluguiera al cielo. Pero lo que tengo que deciros afecta á vuestro honor y al mio.

—Explicaos.

—¿Tendreis valor para escucharme?

—Hablad.

—Pues bien. Isabel, vuestra hija y mi amada, os engaña mejor dicho, nos engaña á los dos.

—¿Don Rafael!

—Lo dicho. Vuestra hija, enamorada de un alférez de los tercios de Italia, ha deshonrado vuestras canas y mi nombre.

El rayo caido á los piés de don Gabriel no le hubiera causado mayor efecto.

Su lengua que apenas podia articular las frases, solo pudo exclamar:

—La prueba, ¿dónde está la prueba?

—¿No os parecen suficientes sus desprecios cada dia mayores; sus evasivas en obedeceros, su marcha á la quinta sola? y si aun no os parecen suficientes todas estas, seguidme y vereis.

IX.

El de Silva, siguiendo la máxima de que *hombre prevenido vale por dos*, todo lo tenia dispuesto de suerte que á poco llegaban á la quinta.

En ella reinaba el mayor silencio, la mas profunda oscuridad.

Solo los ayes de Isabel luchando con sus dolores, se destacaban de aquel silencio sepulcral.

El criado traidor los condujo á la sala baja en que Isabel se hallaba; allí con el oido pegado á la puerta escuchaban hasta la respiracion fatigosa de la enferma.

De pronto, se oyó el llanto de un recién nacido.

No fué tan presto oirlo cuanto precipitarse en la estancia don Gabriel y el de Silva.

Isabel al verlos dió un grito; la dueña quedóse muda de espanto.

—Hija infame, ¿éste era el premio que dábais á mi ternura? ¿éste el fruto de mi cariño, de mis desvelos para con vos? Decid. Desobedeceis mis mandatos, deshonrais mis canas, ¿y por quién? Por amar á un hombre indigno de vos y de mí.

—A un miserable, exclamó el de Silva.

—Os engañais, gritó á su espalda la voz vibrante de don Juan; os engañais, don Gabriel; y vos, señor de Silva, mentis como un villano.

X.

—Escuchadme, señor; pongo el cielo por testigo de cuanto voy á deciros.

El amor por Isabel me ha enloquecido hasta el punto de hacerme cometer una falta; una falta sí, pero no un crimen.

Si mi deber no me hubiera llamado á la guerra, yo pobre, pero honrado, hubiera ido á pedirlos su mano, siquiera no me la hubiérais concedido sino bajo condicion de que antes yo hubiera conquistado un rango y un nombre con mi sangre.

Puesto que entonces no pude hacerlo, aquí me teneis hoy; tened piedad de ella y de mí; yo vengo á reparar la falta que yo solo he cometido.

Disponed de mi vida.

Mañana el deber me llama de nuevo á mis banderas; á mi vuelta, que sino con riquezas, será con un nombre glorioso y un rango digno, ¿querreis concederme su mano? Hablad: á vuestras plantas y con el sombrero en la mano os lo ruego.

—¡Tú, tú, mi hijo! infame seductor, jamás: antes la muer-

te, antes la deshonra; y en cuanto al infame fruto de vuestro amor....

Rápido como el pensamiento don Juan cogió en sus brazos á la niña que Isabel estrechaba contra su seno, lanzóse con ella á la ventana y arrojándose por ella gritó:

—Es mi hija; es vuestra nieta, seguidme si os atreveis.

Un tiro siguió á estas palabras.

Silva descargó su pistola sobre don Juan.

Un momento despues, solo un charco de sangre se veia al pié de la ventana.

XI.

Sigamos á don Juan en su carrera; veámosle escarnecido, humillado y herido correr con su hija en brazos, despojarse de su colete y cubrir con él el cuerpo de la pobre criatura.

Anda y anda; corre veloz; ¿dónde va?

Héle en Sevilla.

Se halla al pié de la iglesia de San Gil.

Un embozado cruza la plaza en aquel instante, dirígese á él y esclama:

—Caballero, por el amor de Dios y de su Santísima Madre, hacedme la caridad de servir á esta niña de padrino y de pagar los gastos de la pila, pues de lo contrario morirá sin bautismo: yo no tengo moneda alguna, y el llanto de esta infeliz me indica que quizás le quedan pocos instantes de vida.

—En ese caso apresurémonos, amigo, y salvemos su alma, ya que no podamos salvar su cuerpo.

Los dos penetraron en la iglesia, y á poco la niña era cristiana y recibía por nombre Concepcion.

Al salir don Juan tendió la mano al generoso desconocido diciendo:

—Me llamo Juan de Zúñiga, soy alférez de los tercios de Italia, mi deber me manda mañana partir; pero así en Italia como en España, en la India como en Europa, mi vida os pertenece: disponed de ella ahora y siempre á vuestro antojo.

—Os doy las gracias. Y apretando afectuosamente la mano de Zúñiga, el desconocido se dispuso á partir.

—Perdonad; ¿pero no podría yo saber el nombre del que tan noblemente acaba de conducirse conmigo? ¿No podré al partir llevar ese consuelo?

—Mi nombre, dijo con voz dulce el desconocido, es Bartolomé Estéban; y tendiéndole la mano desapareció.

XII.

Quince años han trascurrido desde los acontecimientos anteriores.

Isabel esposa desde hacía catorce de don Rafael de Silva por la voluntad de su padre, que al morir la obligó á elegir entre su casamiento y su maldición, llora todos los días á su hija y á don Juan.

El de Silva, gracias al apoyo que le prestó el padre de Isabel, ha heredado sus riquezas, sus honores, y su llave de gentil-hombre.

Su casa es el punto donde se halla reunido lo mas escogido de Sevilla en armas, ciencias y artes; y entre ellos descollando, como una blanca estrella en el azul del cielo, el gran Murillo.

Acababa de pintar *Santo Tomás de Villanueva*, el que él llamaba su cuadro.

La sensacion causada por tan magnífico lienzo fué indescriptible.

Su fama crecia de dia en dia.

De carácter triste y melancólico, es el único que simpatiza con doña Isabel, que cuando se presenta en los salones, es al único que concede el honor de su brazo y de su amena conversacion.

Los dos sufren y los que sufren se entienden fácilmente.

XIII.

Antes de pasar adelante, creemos conveniente decir algo acerca de don Juan y de su hija, para que el lector sepa qué ha sido de ellos.

Al dia siguiente del bautizo, partió don Juan para la guerra, dejando su hija encomendada á la dueña de la casa que él habitaba en Sevilla.

La dueña tenia un hijo que criaba al par que á Concepcion: el niño murió á poco y Concepcion entró á ser la absoluta poseedora del cariño de la madre Catalina, que este era su nombre.

Don Juan llegó al ejército el dia que cumplia el mes que su general le dió de plazo; el general habia confiado en su palabra de honor y habia hecho bien en confiar.

Zúñiga ganaba de dia en dia mas renombre; en lucha con la muerte, solo deseaba hallarla, pero la muerte huía de él.

El tiempo seguia corriendo.

La guerra de Portugal estalló; don Juan partió allá.

La muerte huía de él, el aura de la guerra, la palma de la victoria le buscaban.

Don Juan fué nombrado general en premio de sus grandes servicios y por recompensa á sus muchas heridas. Mas tarde fué creado marqués.

Recibia la noticia de los honores que se le conferian con alegría, pero tan solo por su hija; porque su Concepcion llegase á ocupar en el mundo un puesto y un rango distinguido.

Durante muchos años don Juan hizo esfuerzos inauditos por saber el paradero de Isabel, pero inútilmente: el prudente Silva, apenas restablecida de su alumbramiento, hizo que don Gabriel se trasladara con ella á la corte, permaneciendo en ella hasta que la muerte de éste le hizo tornar á Sevilla, por ser la última voluntad del difunto, que ordenó en su testamento, que su cadáver fuese depositado en Sevilla, en el panteon de su familia.

XIV.

Ya que sabemos de la suerte de don Juan, justo será que sepamos algo de su hija.

Una tarde que volvia Murillo de paseo, embebido en sus ideas, vino á sacarle de su distraccion un rumor confuso de voces.

Con efecto, grandes gritos se escuchaban, y he aquí la causa.

Una ligera barquilla conducida por un remero y en la que iba una hermosa jóven y una respetable anciana, acababa de zozobrar al empuje de otra mayor, cayendo al rio las dos damas.

Apenas Murillo comprendió lo que pasaba, arrojó su sombrero, tiró su capa, se lanzó al agua, y despues de inauditos esfuerzos apareció con la jóven en medio de los vivos y aplausos de la multitud.

Una vez que la jóven recobró el conocimiento, y despues de darle las gracias, su primer pregunta fué para saber de su madre Catalina.

—Se halla en salvo:—el marinero que os conducia la ha salvado.

—Gracias, Virgen mía. Dios os lo premie, caballero, habeis conservado una hija á su padre: siempre os tendré presente en mis oraciones: en tanto mirad si mi padre ó yo, podemos seros útil en algo: mi padre es el general don Juan de Zúñiga, que manda el ejército de Portugal.

—¿Cómo, señorita!—¿Don Juan de Zúñiga?

—Si tal, ¿por qué ese asombro?

—Por nada; continuad.

—Pues bien: en las cercanías de Sevilla habito en una quinta conocida con el nombre de *Santa María*; mi padre debe llegar dentro de breves dias y yo tendria el mayor placer en veros en ella y poder presentarle á mi salvador.

—Acepto, pero con una condicion.

—Hablad.

—Soy pintor; para mí seria un honor hacer vuestro retrato, y vos podeis causar con ello un placer á vuestro padre.

—Acepto con alegría.

—Pues bien, mañana tendré el honor de volveros á ver.

—¿Sin falta?

—Sin falta, y Murillo se alejó volviendo á cada instante la cabeza, para contemplar á aquella hermosa jóven.

XV.

Quando Murillo se presentó al dia siguiente en casa de doña Isabel, cuyo retrato estaba haciendo, ya la noticia habia llegado á ella.

—Permitidme ante todo, le dijo al verle, daros la enhorabuena por vuestra generosa accion.

—¡Por Dios, señora! ¿quereis vos tambien avergonzarme? no he hecho mas que cumplir con mi deber, y aun he salido ganancioso, porque ó mucho me equivoco, ó esa niña va á ser desde hoy mas mi genio protector.

—¿De veras?

—Oh, de seguro. Su imagen se ha grabado en mi mente, y.... pero colocaos, señora, colocaos; hablando de ella me siento inspirado: estoy seguro que hoy el retrato va á recibir la vida de que hasta aqui carecia.—¿Lo veis? ¡contemplad, ah, el arte, la inspiracion!

—¡Ah! y decidme, Murillo, ¿esa jóven será de familia conocida?

—Mucho lo dudo, señora. Habita estramuros de la ciudad, en la quinta llamada de *Santa María*, y es hija del general don Juan de Zúñiga, que manda el ejército de Portugal.

Al oír este nombre, doña Isabel palideció hasta lo blanco de los ojos.

—¿Qué teneis, señora, estais turbada?

—¡Que, no, al contrario! seguid, Murillo, seguid.

—Perdonadme, señora, pero el resto es un secreto.

—¿Sabeis que tengo curiosidad de ver á esa jóven, á quien vos llamais vuestro genio protector?

—Pues bien, señora, mirad: hoy mismo espero visitarla, la he prometido su retrato, y esta tarde mismo quiero comenzar: ¿gustais acompañarme?

—Hoy.... no; mañana, Murillo, cambiaré de paseo, y en lugar de ir al que tengo de costumbre me encaminaré á la quinta de *Santa María*.

—Está bien. ¿Entonces mañana os esperaré al pie de la quinta, verdad?

—De seguro, dijo doña Isabel con la voz empañada por el llanto.

—Ahora, dijo Murillo al salir, vamos al encuentro de mi genio protector: ¡oh Dios mío! si tú me ayudas, esta niña va á devolverme con creces el servicio que yo la hice: yo

la ayudé á que viviera unos pocos años y ella en cambio va ha hacerme vivir eternamente.

XVI.

Quando Murillo llegaba á la quinta de *Santa María*, Concepcion le esperaba en el balcon principal, con la vista fija en el camino de la ciudad.

Un criado le seguia con el caballete y el lienzo; la caja de pinturas la traía él mismo.

—Ah, caballero, no sabeis con cuanta impaciencia os esperaba; ya creí que no veniais.

—¿Cómo! habeis llegado á dudar?

—No dudaba: temia que vuestras ocupaciones.....

—¿Mis ocupaciones? de vos me he ocupado toda la mañana.

—¿De mí?

—Sin duda: nuestra aventura se ha sabido y una noble señora me ha mostrado tan vivos deseos de veros, que voy á abusar de vuestra bondad, presentándoosla mañana.

—Hareis bien: vuestros amigos lo serán míos.

Entretanto el criado habia colocado el caballete y el lienzo.

Concepcion contemplaba con orgullo á Murillo, que arreglaba su paleta: sabia que aquel hombre era nada menos que el gran Murillo, el jefe de la escuela de pintura Sevillana: el rival de Velázquez, el émulo de Rafael: apenas se separaron la tarde de su salvacion; el primer cuidado de Concepcion fué el de saber quien era, y su corazon latia de orgullo en aquel momento.

—¿Cómo quereis ser retratada?

—Como gustéis.

—Entonces, si no os molesta, manteneos de pié, cruzad las manos y alzad la vista al cielo.

Apenas colocada, Murillo comenzó á trazar en el lienzo la imagen de Concepcion: su pulso era firme, el lapiz se deslizaba seguro sobre el cuadro: en sus ojos brillaba la inspiracion; su hermosa y despejada frente se hallaba iluminada por la antorcha del genio.

XVI.

Las sombras de la noche sorprendieron á Murillo y Concepcion.

La luz del dia se acababa, la inspiracion de Murillo no. Despidióse Murillo hasta el siguiente dia, y al otro se presentó acompañado de Isabel y su dueña: Concepcion les hizo los honores de la casa con la gracia mas encantadora y la finura mas esquisita.

Desde aquel dia Murillo esperaba á Isabel y ambos se encaminaban á casa de Concepcion.

A los ocho dias, don Rafael de Silva pasó al cuarto de Isabel y no la halló: una doncella le dijo que la señora habia salido.

Silva se encaminó al paseo donde su esposa concurría y no la halló: deseaba darle parte del nombramiento que acababa de recibir de gobernador de Aragon, donde pensaba partir inmediatamente.

No habiéndola hallado en su paseo, al siguiente dia la hizo espiar por un criado: el criado volvió y le dijo que doña Isabel se hallaba en la quinta de *Santa María*, donde estaba pintando el señor Murillo.

Don Rafael se mordió los labios hasta hacerse sangre: ¡él, que no habia vacilado en cometer un crimen por conseguir una posicion, verse engañado! Desde aquel instante comenzó á revolver en su mente planes de venganza.

Embozóse en su capa y se encaminó á la quinta,

XVIII.

Aquel día Isabel, adelantándose á Murillo, supo por Concepcion, que su padre, ausente casi siempre, la ha hecho viajar por el extranjero y por España, en busca siempre de su madre, por la que ruega todas las noches, como igualmente por un jóven llamado Bartolomé Estéban, que la ha servido de padrino.

Aquel día tambien anunció Concepcion á deña Isabel y á Murillo que al siguiente día llegaría su padre.

Isabel trémula, tomó su manto y acompañada de su dueña, despues de poner sus labios en la frente de Concepcion, partió con paso precipitado.

Murillo se dispuso á acompañarla, pero al partir exclamó bajo:—Tengo que hablaros, hija mia, volveré esta noche á las diez: daré tres palmadas.

XIX.

El lector preguntará ¿que por qué volvía Murillo á hablar á Concepcion? se lo diremos.

Isabel le ha descubierto aquella mañana su secreto, y le ha suplicado descubra á aquella niña que llora á su madre muerta, que su madre vive y es ella.

Pues bien, aquella tarde á poco de salir Murillo y doña Isabel, Silva que habia permanecido oculto, comenzó á rondar la casa, resuelto á saber quien la habitaba.

En uno de sus paseos tropezó con un hombre que á ella se dirigía.

—¿Quién vá? preguntó el que venia.

—¿Sois vos de la casa?

—¿Qué os importa?

—A mí nada, dijo el astuto Silva, si acaso á vos es á quien debe importarle.

—¿Qué decís?

—¿Yo? nada; que penseis en vigilar mas vuestra casa, si no quereis que sea visitada por el *Santo Oficio*.

XX.

Don Juan de Zúñiga, que no era otro el desconocido, preocupado con las últimas palabras que el hombre encubierto le habia dicho, en lugar de entrar en su casa, decidió pasar la noche vigilando.

Su hija le esperaba al día siguiente: él se habia adelantado; quizá era un aviso del cielo.

Embozóse y esperó.

Dieron las ocho, las nueve, y al sonar la última campanada de las diez, apareció un bulto en el camino, que marchaba con direccion á la casa.

Don Juan esperó; pero ¡cuál no seria su asombro al verle al pié de la puerta, dar tres palmadas y esperar!

Zúñiga no aguardó mas, apretó fuertemente el puño de su espada y dirigiéndose á él exclamó:

—¿Quién va?

—Y á vos, ¿qué os importa?

—Porque me importa lo pregunto.

—No creo deber responder á quien tiene el rostro encubierto.

—Pues, ¡vive Dios! que encubierto ó no, ó me lo decís vivo, ó yo lo sabré muerto.

—Veámoslo; y ambos echaron mano á la espada, cayeron en guardia y comenzó el combate. En la escalera de la casa se oían pasos precipitados: á poco la puerta se abrió y aparecieron Concepcion y la dueña con dos candelabros que alumbraron de lleno el rostro de los combatientes.

—Murillo, exclamó Concepcion, es mi padre!

—¡Señor! exclamó la dueña.

—¡Bartolomé! gritó don Juan arrojando la espada.

—¡Don Juan de Zúñiga! balbuceó Murillo.

XXI.

Estos gritos fueron casi instantáneos.

Don Juan se arrojó en brazos de Murillo y ambos acompañados de Concepcion y la dueña subieron á la sala principal.

Murillo explicó á Zúñiga su presencia en la quinta; su encuentro con Concepcion; la venida de doña Isabel, y llamándole á un lado, le indicó el objeto de su venida aquella noche.

En este momento oyóse el choque de remos por la parte del rio y Catalina azorada se presentó á decir que tres hombres enmascarados acababan de saltar de un bote.

—¡Ah! exclamó don Juan; con esos hombres viene sin duda el infame que me ha hecho sospechar de mi hija, y que me ha lanzado á punto de cometer un crimen con vos, mi amigo, mi hermano, el segundo padre de mi hija. Juro á Dios que no se me escapará. Apaga la luz, Catalina, y vos, Murillo, quedaos guardando á Concepcion.

—No por cierto, don Juan, yo os sigo; juntos peharemos; su castigo nos pertenece á los dos.

Concepcion muda de espanto quedó con Catalina y la dueña encerrada en la habitacion principal.

Don Juan y Murillo dieron vuelta á la tapia, penetraron en el jardin por un postigo secreto, y cayeron como un rayo sobre Silva y sus tres hombres, que cogidos de improviso, comenzaron una lucha en que si la fuerza estaba de su parte, el valor y la razon estaban en su contra.

Murillo hirió á uno y puso en fuga á otro de los cuatro raptos; don Juan atravesó de una estocada el pecho de uno; el antifaz que le cubria cayó al suelo: la luna iluminó su rostro y Murillo al verle exclamó:

—¡Don Rafael de Silva!

—¡Silva, gritó don Juan, justicia de Dios!

XXII.

—Asesino de Isabel, cobarde que á traicion descargaste tu arma sobre un hombre indefenso, tu castigo es justo.

—Sí, es justo; pero antes de morir, sabe que á tu hija la visita un hombre todos los dias y que á estas horas tu deshonra es cierta.

—Mientes, exclamó Murillo, mientes; tú, encenagado en el vicio no puedes comprender la virtud; tú que no vacilaste en casarte con la madre porque creiste haber muerto al padre y al par á la hija, tú no comprendes, no puedes comprender la virtud; sabe que esa niña es mi ahijada y de hoy mas un vínculo eterno ligará nuestras almas.

—Es decir que sois felices, pues bien, malditos seais.

Y Silva despues de lanzar un sordo gemitido, espiró.

XXIII.

A la mañana siguiente su cuerpo era trasladado á Sevilla y el *Santo Oficio* recibia las declaraciones de Murillo y de don Juan.

Aquella misma tarde Bartolomé presentaba á doña Isabel á don Juan, que con las lágrimas en los ojos, solo pensaban en abrazar á su hija antes de partir.

Murillo suplicó á don Juan trocarse su capitania general de Aragon por la de Andalucía, pues no cesaba de repetir que queria morir al lado del genio protector á quien esperaba deber su inspiracion y su renombre.